

# El viaje de Israel al Mar Rojo

***«Ahora bien, estas cosas les sucedieron como ejemplo, y fueron escritas para nuestra advertencia, sobre quienes han llegado los fines de los siglos».***  
***1 Corintios 10:11***

Tras la muerte de los primogénitos de Egipto y el paso por alto de los primogénitos de Israel, el faraón decidió dejar ir a los israelitas (Éxodo 12:29-32). La mañana siguiente a la memorable noche de la Pascua, se reunieron en Ramsés para iniciar su viaje hacia Canaán, la tierra que Dios había prometido a Abraham (Génesis 15:18-21; Éxodo 3:8). En nuestro pasaje bíblico inicial, el apóstol Pablo dice que las cosas que les sucedieron a los israelitas fueron escritas como ejemplos, o «tipos», para nuestra enseñanza. Como cristianos, podemos extraer lecciones de la manera en que Dios trató a este pueblo antiguo, lo cual debería ayudarnos a evitar los errores que ellos cometieron y a ejercer una fe mayor en el cuidado de Dios sobre nosotros que la que ellos tuvieron.

Ramesés, desde donde los israelitas comenzaron su viaje, fue una de las «ciudades del tesoro» construidas para el faraón por este pueblo esclavizado. (Éxodo 1:11; 12:37). Ramesés era también el título del faraón opresor, y se convierte en un nombre muy apropiado para la ciudad desde donde los israelitas comenzarían su viaje hacia la tierra prometida de Canaán. Los egipcios eran adoradores del sol. Su dios del sol era «Ra». No es

de extrañar que este faraón se atribuyera el título de Ramsés, que significa «hijo del sol». Sabemos, sin embargo, desde el punto de vista de la Verdad, que Ramsés no fue en realidad un dador de luz ni para Egipto ni para los israelitas. Fue él quien había esclavizado tanto a los hijos de Israel que clamaron por la liberación. Su Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, los escuchó y los liberó. Éxodo 2:23-25; 3:7-10

Hay una correspondencia interesante a este respecto en relación con el trato de Dios hacia los cristianos de hoy, es decir, los israelitas espirituales. (Romanos 8:14; Hebreos 3:5, 6; 1 Pedro 2:5, 9, 10). Nosotros también, por así decirlo, tenemos un faraón que nos oprime. Es Satanás, originalmente llamado Lucifer, que significa «portador de luz». Al igual que el faraón de antaño, él ha estado lejos de ser una luz verdadera. Sin embargo, mediante sus diversos métodos engañosos, se ha presentado como un «ángel de luz» (2 Corintios 11:14). Es cierto que, bajo la dirección de Satanás, el pueblo que profesa a Dios ha sido llevado a construir ciudades del tesoro: grandes sistemas eclesiásticos que se han disfrazado de verdaderas ciudades de Dios. Notamos, sin embargo, que Egipto no representa simplemente a los grandes sistemas eclesiásticos, así como sus ciudades del tesoro no constituían todo Egipto. Egipto representa más particularmente el mundo o reino de las tinieblas y la muerte en el cual, en un momento u otro, todos los israelitas espirituales de Dios han sido esclavizados. Romanos 8:21-23; Gálatas 4:1-7

No había nada que los esclavos de Israel pudieran hacer respecto a su propia liberación. La liberación

de Egipto fue obra de Dios. Es Dios también, a través de su providencia soberana y por medio de la sangre derramada de Jesús, el Cordero pascual mayor, quien lleva a cabo nuestra liberación, nuestra redención. (Juan 1:29; 1 Corintios 5:7). Es bueno señalar a este respecto que, aunque la sangre rociada del cordero pascual resultó en la liberación de Israel de Egipto, no los llevó necesariamente a la tierra prometida. Así ocurre con los israelitas espirituales de hoy. Dios nos ha liberado por medio de la sangre de Jesús, pero es necesaria una fidelidad continua a las condiciones de nuestro llamado si queremos entrar finalmente en el Canaán celestial.

La fe continua en el Dios que los había liberado por medio de la sangre de la Pascua era la única garantía que tenían los israelitas de entrar finalmente en la tierra prometida. Este ejercicio de fe al rociar la sangre del cordero pascual sobre sus dinteles y postes de las puertas fue considerado por Dios como una manifestación de su obediencia. (Éxodo 12:22, 23). El hecho de no continuar ejerciendo este mismo grado de fe fue considerado por Dios como una manifestación de su desobediencia. Dios recordó que no eran más que polvo y continuó soportándolos durante un largo período de tiempo. (Salmo 103:14; Romanos, capítulo 11). Sin embargo, su persistencia en dudar y en olvidarse de Dios hizo que Él finalmente dejara de luchar por ellos. Por este fracaso en continuar fieles y obedientes, los hizo volver, no a Egipto, sino al desierto para morir. (Números 14:22, 23). Recordemos bien las palabras de nuestro texto inicial, en el que Pablo nos dice que lo que le sucedió a Israel les sucedió como ejemplo. Que su

ejemplo de incredulidad y desobediencia sea una advertencia que nos ayude a caminar con mayor fidelidad y a ser «dignos de la vocación» a la que hemos sido llamados. Efesios 4:1

No nos atrevamos a subestimar a Dios, ni consideremos lo que ha hecho por nosotros como algo ordinario y común. No debemos dar por sentado que, solo porque una vez se ocupó de nosotros cuando aún estábamos en nuestros pecados, dándonos la liberación a través de la sangre derramada de Jesús, seguirá ocupándose de nosotros sin que demostremos una apreciación y una fe cada vez mayores. Es a través de nuestra fe y obediencia a Dios que mostramos nuestro agradecimiento por lo que ya ha hecho por nosotros. Sin duda, esto es lo que el apóstol quiere decir cuando dice: «Sin fe es imposible agradarle» (Hebreos 11:6). No es razonable suponer que Dios seguirá derramando sus «bendiciones espirituales» sobre nosotros si no las usamos como un medio para fortalecer nuestra fe en él y aumentar nuestro celo por él y su causa. Efesios 1:3

### **«Sin ciudad permanente»**

Todos los israelitas estaban listos para partir hacia la tierra prometida, listos para aceptar la liberación que Dios les ofrecía. En consecuencia, se reunieron en Ramsés, y de allí viajaron a Sucot (Números 33:5). El nombre Sucot significa «*cabañas*» y es un buen recordatorio del hecho de que su viaje hacia Canaán, aunque les daba libertad y los liberaba de la servidumbre en Egipto, era, por otro lado, un llamado a la abnegación de muchas de las comodidades y necesidades que sin duda les proporcionaban sus hogares en Egipto.

Los israelitas ya no disfrutarían de la protección de casas y techos sobre sus cabezas. A partir de entonces, debían vivir en tiendas de campaña hasta llegar a la tierra prometida. En esto hay una lección para los israelitas espirituales que han iniciado su viaje de peregrinaje hacia el Canaán celestial del descanso. No puede haber una «ciudad permanente» que les brinde protección contra las dificultades del camino mientras viajan actualmente. (Hebreos 13:14). Como hijos espirituales de nuestro Padre Celestial, que viajamos hacia la tierra espiritual de la promesa, no buscamos fuentes materiales para nuestra protección. En cambio, cada uno de nosotros habita en moradas temporales y humildes sobre las cuales Dios vela, y tenemos la seguridad de que él no se adormece ni duerme. (Salmo 121:3,4). Sus preciosas promesas de gracia y protección para cada momento de necesidad proporcionan un bendito dosel entre nosotros y las tormentas y las pruebas ardientes que, de otro modo, nos abrumarían. Hebreos 4:16

Los israelitas viajaban bajo el dosel de una nube proporcionada por Dios. (Éxodo 13:21, 22). Esto bien podría recordarnos la infinitud de la gracia de Dios con la que estamos rodeados y «que para los que aman a Dios, es decir, para los que son llamados según su propósito, todas las cosas cooperan para bien». (Romanos 8:14-17, 28). Esta gracia no debe ser obstaculizada ni menoscabada. No se debe permitir que ninguna nube terrenal se interponga entre nosotros y nuestro Dios. Debemos poder mirar siempre hacia el manto de su gracia y amor y así percibir un sentido cada vez mayor de su misericordia y cuidado. Debemos recordar, sin embargo, que el amor y la gracia de Dios hacia

nosotros no siempre se manifiestan simplemente en las experiencias agradables de la vida. Las pruebas y los sufrimientos que el Señor permite que nos sobrevengan son igualmente manifestaciones de su amor. Necesitamos estas experiencias también para fortalecernos en él «y en el poder de su fuerza». Efesios 6:10

Tomemos como ejemplo dos plantas de la misma especie. Dejemos que una crezca en el sótano, donde no hay luz ni aire fresco; y dejemos que la otra crezca en un jardín al aire libre. Después de unas semanas, observemos la diferencia entre las dos plantas. Una estará sana y fuerte, la otra débil y frágil. La planta del sótano está protegida del viento y la lluvia, pero es precisamente esta protección la que le impide crecer fuerte y resistente. Por otro lado, la planta que crece al aire libre se fortalece en su lucha contra los elementos, ayudada por el alimento que le proporcionan el resplandor del sol y la humedad vitalizante de la lluvia. Bajo este gran dosel del cielo, la planta prospera gracias a todos los diversos elementos y factores que contribuyen a su desarrollo y fortaleza.

Los verdaderos israelitas espirituales tienen experiencias que abarcan todas las fases de la gracia de Dios, por medio de las cuales crecen en Cristo. Esta exposición es lo que realmente fortalece al cristiano fiel. Es el viento adverso que sopla sobre un árbol lo que hace que este se vuelva cada vez más fuerte, a medida que hunde sus raíces cada vez más profundamente en la tierra. Sin embargo, hay que tener en cuenta que es la luz del sol el medio vital de su sustento y vida, lo que le da la capacidad de resistir las tormentas. Nosotros también nos

fortalecemos a través de nuestra resistencia a las tormentas de la vida, pero es por medio de la luz del sol del favor de Dios que se nos da el ánimo y la capacidad de ser fieles, incluso hasta la muerte.

El celo con el que los israelitas comenzaron su viaje por el desierto no continuó. En esto tenemos una ilustración muy vívida de lo que puede ocurrir en nuestras propias experiencias individuales si no nos vigilamos cuidadosamente a nosotros mismos. Existe la posibilidad, incluso el peligro, de perder nuestro «primer amor». (Revelación 2:4). Según Números 33:6-8, al principio los israelitas parecían haberse desplazado en general hacia el este, pero de repente se les ordenó que giraran hacia el sur. Lo más natural para ellos habría sido seguir hacia el este, pues así habrían llegado a los pequeños arroyos situados al norte del Mar Rojo, que sin duda habrían sido mucho más fáciles de cruzar y más directamente en línea con Canaán, su meta.

El rumbo de los israelitas parece haber sido inconsistente, porque en lugar de aumentar la distancia entre ellos y el dominio del faraón, la estaban acortando. No solo eso, sino que estaban aumentando la barrera entre ellos y la tierra prometida. Sin embargo, la explicación es que este movimiento fue dirigido por Dios. El relato dice: «Y el Señor iba delante de ellos... para guiarlos por el camino». Éxodo 13:21

## **Siguiendo la dirección de Dios**

Para los israelitas espirituales hay muchas ocasiones en las que Dios los dirige, no en caminos de progreso según la carne, sino en la dirección opuesta, para que la demostración de la gracia y el

poder de Dios sea mayor. No debemos elegir nuestro propio camino, sino dejar siempre que Dios dirija nuestro rumbo, aunque, a veces, este rumbo parezca muy peligroso. «Hay un camino que al hombre le parece recto, pero su fin» no es la liberación plena y completa que esperamos. Proverbios 14:12

Si se nos dejara elegir nuestro propio camino, nos inclinaríamos a seguir nuestras tendencias y preferencias naturales. El camino de la carne suele ser seguir la línea de menor resistencia. Sin embargo, de esta manera Dios no puede ser glorificado ni nuestra fe puede ser demostrada adecuadamente. Por lo tanto, es fácil tener fe mientras podemos ver la orilla más lejana, pero cuando la niebla se instala, obstaculizando nuestra visión natural, es entonces cuando necesitamos ejercer una fe firme en Dios.

Para ampliar esta ilustración, cuando se viaja en barco en un día claro y soleado, uno puede prestar poca atención a la habilidad y competencia del piloto. Sin embargo, cuando se instala una espesa niebla y los viejos y familiares puntos de referencia ya no son visibles, es entonces cuando apreciamos al piloto y su capacidad para llevarnos a salvo al puerto deseado. En tales circunstancias, no hay nada que uno pueda hacer, excepto depositar toda su confianza en el piloto. Nuestra inquietud, nerviosismo, recelos, dudas y preocupaciones no ayudarían en lo más mínimo. Debemos permanecer firmes en la fe, mientras el piloto nos guía a través de la tormenta.

¡Cuán cierto es esto en nuestro viaje espiritual! Hay momentos en que, en la providencia de Dios, no



podemos hacer nada para salir de una situación difícil. En esos momentos, no hay nada que podamos hacer, salvo poner nuestra confianza totalmente en Dios, dándonos cuenta de que él es el único capaz de sacarnos adelante. (Salmo 34:19; 2 Corintios 1:9, 10). Es entonces cuando nuestras situaciones extremas se convierten en oportunidades de Dios.

Dios llevó a los israelitas a una situación extrema para que tuvieran la oportunidad de «quedarse quietos» y ver su salvación (Éxodo 14:13). Él cambió su rumbo y los llevó a Pi-Hahiroth. Este era verdaderamente un lugar donde, según la carne, sus corazones se desanimarían por la desesperanza. En lugar de encontrar completa su liberación de Egipto, se encontraron en una condición aparentemente peor que cuando emprendieron el viaje. ¿Recordaron entonces al Dios que ya había hecho tanto por ellos? No. Murmuraron y lloraron. Solo veían el Mar Rojo delante de ellos y a los egipcios detrás de ellos. No veían ninguna vía de escape porque descuidaron poner su confianza en Dios. Éxodo 14:10-12

Quizás nosotros también, como israelitas espirituales, hayamos llegado a un punto extremo y veamos ante nosotros y a nuestras espaldas lo que parecen ser obstáculos insuperables. El Señor puede llevarnos, por así decirlo, al Mar Rojo, donde toda vía de escape visible parece estar cortada. ¿Acaso en esos momentos tememos y temblamos ante la aparente fatalidad inminente? No deberíamos, porque es aquí donde Dios tiene su gran oportunidad de darnos la liberación. Es a través de estas experiencias que aprendemos la lección

tan necesaria de que la liberación no proviene de nosotros mismos, sino de Dios. Es en momentos así que Él nos dice, como lo hizo al antiguo Israel a través de su siervo Moisés: «No temáis, quedaos quietos y ved la salvación del Señor». Éxodo 14:13

Es en estos momentos cuando Dios, si se lo permitimos, se convierte en nuestra torre de refugio, nuestra torre de fortaleza. Hablando literalmente, ¡qué bueno es cuando nos hemos perdido en el bosque y ya no sabemos cómo salir, y de repente vemos una torre familiar, marcando un punto, que, si logramos alcanzarla, significará seguridad para nosotros! Dios es precisamente esa torre de fortaleza y liberación, que nos trae salvación en nuestros momentos de mayor necesidad. (Salmo 61:1-3; Proverbios 18:10). Sin Él, estaríamos irremediablemente perdidos en el desierto de la desesperación.

El relato nos dice que Dios dirigió a los israelitas a Pi-Hahiot, «entre Migdol y el mar». (Éxodo 14:2; Números 33:7). Migdol significa «torre». ¡Qué significativo es esto! Fue aquí donde Dios se reveló a los israelitas como una torre de refugio. Él instruyó a Moisés sobre lo que debía hacerse dadas las circunstancias. La obediencia a estas instrucciones trajo la liberación a través del mismo mar que, poco tiempo antes, se había presentado como una barrera casi impenetrable para su huida. La nube que iba delante de ellos se colocó ahora en la retaguardia del campamento, convirtiéndose en una columna de oscuridad para los egipcios y una columna de luz para los israelitas, impidiendo que los egipcios los alcanzaran durante toda la noche (Éxodo 14:19-22). Por la mañana, el Mar Rojo se

había abierto y ellos lo atravesaron para ponerse a salvo.

Los israelitas espirituales a menudo tienen experiencias permitidas por Dios mediante las cuales se pone a prueba su fe. Estas nos ayudan a aprender la lección: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9). Es muy importante que nos demos cuenta de que no es por nuestra propia fuerza que obtenemos la liberación. Es muy necesario que, a veces, «nos quedemos quietos» y veamos la salvación de Dios. Esto no significa una actitud apática o desinteresada, sino que significa una confianza tranquila en él. Es una confianza que nace de la fe, de que mayor es el que está a nuestro favor que todos los que están en contra nuestra. (Romanos 8:31; 1 Juan 4:4). Al poner así nuestra confianza en Dios y cooperar con Él mientras Él dirige nuestros caminos, la victoria y la liberación están aseguradas.

Tener plena fe en Dios significa que confiaremos en él en todas las circunstancias. Confiaremos en él cuando nos diga que nos quedemos quietos, y confiaremos y obedeceremos cuando nos instruya a seguir adelante. No movernos cuando el Señor nos da órdenes de marcha manifestaría una falta de fe, tanto como no quedarnos quietos cuando nos pide que lo hagamos. Sin embargo, ya sea quedándonos quietos o avanzando a su mandato, nuestros corazones deben estar siempre en reposo, pues incluso ahora descansamos en la comprensión de su obra consumada. Solo así podremos entrar en el reposo que nos es provisto por la fe en Cristo Jesús.

(Hebreos 4:9-11). Toda nuestra obra para el Señor y todo nuestro progreso en el camino estrecho deben basarse en este reposo tranquilo y confiado en Él y en sus promesas, y estar en armonía con ellos. Estos nos dan la seguridad de que, pase lo que pase, todas las cosas cooperan para nuestro bien. (Romanos 8:28). Así, en anticipación del final del camino y de la Canaán de descanso que allí se encontrará, podemos, incluso ahora, en medio de la lucha y la dificultad del camino, dar gracias a Dios, quien «nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesús Cristo». 1 Corintios 15:57